


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Observatorio Metropolitano de Madrid (ed.): *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas, Madrid, Traficantes de sueños, 2015.*

Joaquín Perren

*Centro de Estudios de Historia Regional, Investigaciones Socio-Históricas Regionales,
CONICET / Universidad Nacional del Comahue
joaquinperren@gmail.com*

Sergio Cabezas

*Universidad Nacional del Comahue
cabezas.s.r@gmail.com*

*Fecha de recepción: 11/11/2015
Fecha de aprobación: 17/01/2016*

Uno de los rasgos más salientes de la historia contemporánea ha sido, sin duda, la urbanización de la vida social. En los últimos cuarenta años, las ciudades no solo han crecido en densidad y extensión, sino también han cambiado las funciones que desempeñan al interior de una economía crecientemente globalizada. De constituir el soporte físico que permitía el intercambio de bienes y servicios, se han convertido en gigantescas y sofisticadas mercancías; en bienes que, en palabras de David Harvey, “desempeñan

un rol particularmente activo en la absorción del producto excedente que los capitalistas producen continuamente en su búsqueda de plusvalor”¹. Analizar la anatomía de estas auténticas “máquinas de crecimiento” es el propósito que anima el volumen compilado por el Observatorio Metropolitano de Madrid, un espacio multidisciplinario nacido de la voluntad de reflexionar sobre las transformaciones que en la actualidad están experimentando las grandes urbes. *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas* reúne siete trabajos clásicos, hasta ahora inéditos en español, que proporcionan un detallado panorama de los procesos de acumulación que tienen a las urbes como *loci* privilegiados, pero también brindan algunas pistas sobre los “dispositivos de resistencia y reapropiación del espacio urbano en el que habitamos, producimos y nos reproducimos” (p. 26).

El primer capítulo de la obra, “El bello arte de la gentrificación”, corre por cuenta de Rosalyn Deutsche y Cara Gendel Ryan. En sus páginas, las autoras ensayan una definición del concepto de gentrificación; una que se distancia de aquellas miradas complacientes que enaltecen los procesos de renovación urbana. Tomando como insumo los postulados de Gramsci, las académicas de la Universidad de Columbia piensan a la gentrificación como un proceso en el que “la ciudad, financiada por el gran capital, libra una particular guerra de posiciones contra la población local empobrecida” (pp. 29-30). Desde esta perspectiva, coincidente con la de autores de la talla de Neil Smith², la gentrificación trae aparejados dos fenómenos, que redondearían los límites de una avanzada de los ricos sobre el corazón de las metrópolis: por un lado, se produciría un desplazamiento de los hogares de bajos recursos, arrebatándoles el control de sus propiedades y dejando las mismas en manos de los agentes inmobiliarios; por el otro, se propiciaría, por medio de una nueva gobernanza urbana, la instalación de una clase media urbana que hace las veces de fuerza de trabajo del capitalismo postindustrial. Con todas las piezas sobre la mesa, las autoras arriban a una conclusión a todas luces crítica: la gentrificación es, en esencia, un acto injusto a partir del cual “los que tienen mucho dinero están jugando con la vida y con el futuro de gente que tiene muy pocos recursos” (p. 30).

1 Harvey, David: *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*, Buenos Aires, Akal, 2014, p. 24.

2 Smith, Neil: *La nueva frontera urbana: la ciudad revanchista y gentrificación*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2012.

Pero el trabajo de Deutsche y Ryan no solo es una ajustada aproximación conceptual a un fenómeno de enorme actualidad. Las definiciones elaboradas en la primera parte del capítulo permiten a las autoras pintar un fresco particularmente vívido de la realidad neoyorkina. Con una pluma enérgica y sin tapujos, las investigadoras estadounidenses se apoyan en Mandel para dar cuenta de un incesante reemplazo del hombre por la máquina que ha hecho reaparecer el ejército de reserva³. En un contexto signado por el desempleo, tan propio del último cuarto del siglo XX, se multiplicaron los desahucios, el *mobbing* y el abandono de edificios. De forma paralela, afirman Deutsche y Ryan, las autoridades municipales implementaron un amplio abanico de políticas que además de reforzar la limpieza social del espacio a gentrificar, crearon las condiciones para el asentamiento de una población de mayores ingresos. Sin ánimos de ser exhaustivos, podemos mencionar una política de “no hacer nada, permitiendo que el barrio se deteriore por sí solo” (p. 34), las exenciones fiscales a los promotores de viviendas de lujo y el estímulo para la instalación de galerías de artes, que agregan una dosis de sofisticación a un área estigmatizada de la ciudad. Gracias a estas medidas, y haciendo foco en el *Lower East Side*, las autoras se refieren a la llegada, en los setenta, de artistas que funcionaron como vanguardia de un proceso que alcanzó su punto más alto una década después, cuando se produjo un alza generalizada en los alquileres, la instalación de una clase media que “hizo sus primeras incursiones en la ‘jungla’” (p. 41) y la pérdida del perfil obrero que ese espacio había tenido durante buena parte del siglo XX. Esta “artistificación” no es un elemento accesorio, una simple estrategia de *marketing* urbano, sino que “funciona ideológicamente con el fin de explotar el barrio por sus connotaciones bohemias y sensacionalistas, desviando la atención de los procesos sociales, políticos y económicos subyacentes” (p. 43).

Jamie Peck, en el segundo capítulo del libro, estudia una de las hipótesis que con mayor fuerza se ha instalado en la agenda de los estudios urbanos contemporáneos: aquella que señala el ascenso de una clase creativa que ha venido a transformar la anatomía de las ciudades. Por medio de una exhaustiva revisión bibliográfica, este reconocido geógrafo canadiense realiza una síntesis del proceso que llevó a la emergencia del lema “ser creativos o morir” y especialmente, el que permitió a su gurú, Richard Florida, embolsar en concepto de asesoría “cantidades tan abultadas

3 Mandel, Ernest: *El capitalismo tardío*, México, Era, 1972.

para alcanzar las cinco cifras” (p. 53). Con ambos propósitos en mente, el autor analiza detalladamente cómo, al compás de la neoliberalización de la economía y de la pérdida de relevancia de los Estados nacionales, los gobiernos locales cobraron un creciente protagonismo, especialmente en todo aquello que hace a la implementación de políticas urbanas. En ese marco, los ayuntamientos, muchas veces con presupuestos limitados, deben librar una guerra por el talento en la que solo “se alcanza la victoria mediante la creación de las atmósferas personales valoradas por los creativos; esto es, en entornos abiertos, diversos y relajados” (p. 54). Con una idea clara de esos discursos que se hacen fuertes en la promoción de las tres T (Tecnología, Talento y Tolerancia), el catedrático de la Universidad de British Columbia se interroga alrededor de las causas que hicieron de estas propuestas un *mainstream* a nivel internacional. Alrededor de este punto, Peck afirma, no sin una dosis de ironía, que las directrices de Florida llegaron lejos “no por revolucionarias sino por modestas” (p. 69). La arborización del espacio público, la construcción de sendas para ciclistas, la implementación de actividades alternativas, todos buques insignias de la cultura *hipster*, son un “placebo urbano barato y favorable al mercado” (p. 69) que deja de lado una “planificación global en favor de un desarrollo selectivo y parcial” (p. 91).

Junto a la fragmentación del espacio urbano, Peck, en la segunda parte de su capítulo, analiza otros de los efectos “no deseados” de una política que promueve un individualismo feroz. En este sentido, es muy lograda la refutación que realiza de dos pilares sobre los que se sostiene la “economía de la creatividad”: el crecimiento y la igualdad social. Sobre el primero de los aspectos, y apoyado en una abundante literatura, el autor concluye que las ciudades más pujantes no son las capitales creativas, como San Francisco o Nueva York, “sino ciudades con impuestos bajos y que sirven de sede de empresas, como Las Vegas y Menfis” (p. 80). En relación al segundo de los tópicos, el investigador avanza sobre aquellas miradas que solo se posan en ese denso mercado laboral, por lo general muy bien remunerado, compuesto por una “ingobernable tribu de consultores independientes” (p. 86). La desregulación del mercado laboral y la flexibilización de los estilos de vida que funciona como imán para la “clase creativa”, vuelven particularmente compleja la vida para quienes prestan servicios no calificados o, como destaca Peck, para quienes “lavan las camisas en este paraíso creativo” (p. 83). De esta forma, el autor llega a una conclusión inquietante: la economía de la creatividad es una incubadora de desigualdades sociales, en tanto “las personas

creativas son los conductores y los dos tercios lumpen son meros pasajeros; la clase creativa genera crecimiento; el resto vive de migajas” (p. 83).

El tercer capítulo de la obra tiene un tono claramente teórico. Su autor, Tom Slater, una referencia ineludible en lo que a estudios urbanos se refiere, acomete una titánica tarea: elucidar las causas que permitieron que, en los últimos años, se hayan multiplicado los estudios sobre la gentrificación, pero que, al mismo tiempo, esa producción haya perdido esa aura crítica que la había caracterizado desde fines de la década de 1970. Sobre este tema, el autor ensaya una explicación que circula por tres andariveles que, aunque diferenciados, tienen más de un punto de contacto. El primero de ellos se vincula con lo que Slater define en términos de una menor atención relativa a las causas del fenómeno gentrificador, que al examen de sus efectos. El kilómetro cero de esta tendencia es, desde la perspectiva del autor, el artículo “Gentrificación y deseo” de Jon Caulfield⁴; un texto que, además de erradicar el conflicto de la exploración de la dinámica urbana, imagina a la gentrificación en términos de un rechazo colectivo de la clase media a la conformidad opresiva del suburbio. Esta mirada romántica sobre la gentrificación, que pone a los recién llegados como salvadores de los degradados *downtowns*, ha dejado de lado los efectos negativos que aquella produce, entre los cuales Slater menciona el aumento progresivo del valor de la propiedad urbana por medio de la diferencia potencial de renta (*rent gap*).

El segundo andarivel recorrido por Slater es el que se refiere a la eliminación del concepto de desplazamiento en los trabajos dedicados al estudio de la gentrificación. El geógrafo escocés observa con disgusto la pérdida de importancia de esa tradición inaugurada por Peter Marcuse en los ochenta⁵, que examinaba la gentrificación a través de las lentes de sus víctimas, las clases trabajadoras. En torno a las causas a partir de las cuales “el desplazamiento consiguió ser desplazado” (p. 128), el autor entiende que las mismas remiten al complejo campo de lo metodológico. La invisibilidad estadística de quienes fueron obligados a abandonar su vivienda, sea de forma voluntaria o involuntaria, ha hecho que la literatura especializada haya dejado de prestar atención al fe-

4 Caulfield, John: “Gentrification and Desire”, en *Canadian Review of Sociology and Anthropology*, Vol. 26, No. 4, 1989, pp. 617-632.

5 Marcuse, Peter: “To Control Gentrification: Anti-Displacement Zoning and Planning for Stable Residential District”, en *Review of Law and Social Change*, Vol. 13, No. 4, 1984-1985, pp. 931-945.

nómeno, resaltando así los impactos benéficos de la gentrificación y suavizando esa mirada que la tenía como una especie de revancha clasista. Más allá de que, muchas veces, permanezca por fuera del radar de los organismos productores de cifras, el catedrático de la Universidad de Edimburgo cree imprescindible traer de vuelta al desplazamiento, pues “es y será vital para comprender la gentrificación en términos de mantener la coherencia de la definición y de conservar la perspectiva crítica sobre el proceso” (p. 128).

El tercer sendero por el que circula el aporte de Slater a la compilación se relaciona con los discursos tendientes a la “mezcla social”. Su instalación en el campo de los estudios urbanos, dice el prestigioso científico británico, no ha hecho más que oscurecer el tratamiento de la faceta más negativa de la gentrificación. Muchas veces alabada por constituir un remedio para la desinversión y el deterioro de barrios tradicionales, este tipo de políticas termina por erigir barreras invisibles que restringen la interacción entre ricos y pobres, más allá que ambos compartan un mismo cuadrante de la ciudad. En la misma dirección, Slater señala que detrás de esta apología a la mixtura social, muchas veces defendida desde posicionamientos progresistas, se ocultan alzas generalizadas de los alquileres y, por ende, un desplazamiento de los inquilinos. Haciendo propias las causticas reflexiones de Neil Smith⁶, finaliza llamando la atención sobre cuán hipócritas pueden llegar a ser estos discursos que apelan a la convivencia entre distintos sectores sociales. Después de todo, este tipo de razonamiento no suele ser reversible: “crear mezcla social supone siempre trasladar clases medias a zonas de clases trabajadoras [y] no a la inversa” (p. 133).

El cuarto capítulo podría leerse como una pequeña polémica al interior del volumen. Su autor, Loïc Wacquant, pone en tensión algunos argumentos defendidos por Slater. Aunque ambos coinciden en la necesidad de que los estudios sobre gentrificación se quiten esas “gafas conceptuales color de rosa” (p. 145), Wacquant señala que el texto de su colega escocés “no profundiza lo suficiente y, por eso, su alegato en favor de rescatar el término de manos de aquellos que [lo] han edulcorado corre el riesgo de no alcanzar su objetivo” (p. 145). Para alcanzar esta meta, que es el denominador común que recorre los trabajos compilados, el sociólogo francés da, en primer lugar,

6 Smith, Neil: “New Globalism, New Urbanism: Gentrification as Global Urban Strategy”, en *Antipode*, Vol. 34, No. 3, 2002, pp. 427-450.

una vuelta de tuerca en relación a esa hipótesis que vinculaba la invisibilidad de los trabajadores a la implementación de una defectuosa estrategia metodológica. Lejos de ello, dice el discípulo de Bourdieu con una claridad meridiana, esta situación “refleja la fragmentación objetiva de la clase obrera industrial, de la encarnación histórica que hemos conocido durante el largo siglo de industrialismo (entre 1870 y 1970) y que culmina con la maduración conjunta del régimen de producción fordista y del estado keynesiano” (p. 147). Con procesos como la tercerización de la economía, el hiper-desempleo y la flexibilización laboral, esa clase trabajadora, que había gozado de cierta unidad y era reconocible desde un punto de vista social, “se ha marchitado, fragmentado y dispersado” (p. 147). Es precisamente por esta razón que sus movimientos dentro de la ciudad se han vuelto menos perceptibles a los ojos de científicos sociales y es por ello que el catedrático de la Universidad de Berkeley destaca la importancia de utilizar nuevas —y controvertidas— categorías como las de *underclass* para el caso norteamericano y de “excluidos” para el europeo.

Una segunda razón que hizo que la literatura reciente sobre gentrificación fuese menos crítica que antaño, se vincula a lo que Wacquant imagina como un proceso de pérdida de autonomía por parte de las ciencias sociales. Si en los años más álgidos de la “guerra fría” existía una disputa entre diversas tradiciones que pugaban por ganar centralidad académica, desde marxistas hasta postmodernos, con la caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética, los estudios urbanos perdieron la brújula y se convirtieron en una variable dependiente de las prioridades tanto de los gestores públicos como de los medios de comunicación. Esta heteronomía, afirma el sociólogo francés, ha hecho que la investigación urbana esté dirigida “hacia temas de actualidad y por la presión de buscar financiamiento” (p. 149), lo cual, como no podía ser de otra forma, dejó su impronta en la producción científica sobre el proceso de gentrificación: los provocativos trabajos de los ochenta, esos que elevaban la voz frente a un fenómeno que consideraban injusto, perdieron terreno frente a “relatos optimistas sobre la ‘renovación’ de los barrios como una ‘solución urbana’” (p. 150).

El tercer aspecto sobre el que Wacquant hace foco es el que se asocia al papel del Estado en los procesos de “renovación urbana” y “recualificación”. A la misma distancia de las posturas que centraron su atención en la dinámica del capital inmobiliario, que tienen a Slater como uno de sus

portavoces, y de aquellas que posaron su mirada en el deseo de los consumidores de diferenciarse a través de su instalación en espacios gentrificados, propone una tercera vía. Desde la visión del autor, los especialistas, enfrascados en las disputas entre oferta y demanda, subestimaron enormemente “el peso del Leviatán en ella” (p. 152). Alrededor de esta cuestión, Waquant no solo distingue la importancia de los gobiernos locales en la delimitación de las normas que permiten la generación de plusvalías urbanas, sino también en la desprotección de los sectores más vulnerables de la sociedad. Estos últimos, sostiene el investigador del Centro de Sociología Europea de París, son dependientes de las políticas públicas para el acceso a alquileres sociales, pero —al mismo tiempo— precisan de ellas para surtir de obras de infraestructura, servicios básicos y redes de transportes que equilibren las oportunidades al interior de la ciudad. Luego de repasar la bibliografía especializada de las últimas tres décadas, Wacquant cierra su participación con un enunciado que tiene mucho de invitación: “ya es hora que los estudiosos de la gentrificación reconozcan que el principal motor detrás de la relocalización de personas, recursos e instituciones en la ciudad es el Estado” (p. 151).

El quinto capítulo del libro indaga sobre los intereses que estuvieron —y aún están— detrás del crecimiento urbano contemporáneo. Sus autores, Harvey Molotch y John Logan, elaboran una muy sugestiva hipótesis: las ciudades, especialmente las de escala metropolitana, funcionan como auténticas máquinas de crecimiento “que pueden incrementar las rentas agregadas y capturar la riqueza asociada en provecho de aquellos que están en la posición adecuada” (p. 158). Lejos de generar un efecto derrame al conjunto de la sociedad, tal como el liberalismo económico suele pronosticar, los sociólogos estadounidenses visualizan un proceso de transferencia de ingresos desde un público interesado en sumarse a una ola de sofisticación habitacional hacia los grupos rentistas y sus asociados. Para dar cuenta de este proceso que ha vuelto a las urbes más desiguales que antaño, los autores utilizan una frase magistral en la que resuenan los ecos del aporte del gran Henri Lefebvre⁷: “los valores de uso de la mayoría son sacrificados por los beneficios de los valores de cambio de unos pocos” (p. 205).

7 Lefebvre, Henri: *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Península, 1969.

En el afán de volver tangible esta mercantilización de las cosas, usando la inteligente expresión de Immanuel Wallerstein⁸, Molotch y Logan se detienen en la historia reciente del desarrollo urbano estadounidense. En este sentido, los autores exploran cómo los intereses de una minoría se volvieron mayoritarios o, lo que es igual, analizan puntillosamente esa ideología que permitió “conectar el orgullo cívico con los objetivos de crecimiento, vinculando los supuestos beneficios económicos y sociales del crecimiento en general” (p. 167). Alrededor de este punto, describen cómo las ciudades han modificado los factores de producción, creando un clima óptimo para los negocios y favoreciendo la diferenciación cultural de las ciudades en un medio crecientemente competitivo. Gracias a estas medidas, los grupos concentrados de la sociedad, dicen los compiladores en la introducción del volumen, “determinan la forma de la ciudad y la distribución social en la misma” (p. 22). Pero si los beneficios se privatizan, el saldo negativo que dejan a su paso las “máquinas de crecimiento” suele afectar exclusivamente a los sectores de menores ingresos, ya sea por una creciente presión fiscal o bien por verse expuestos a situaciones ambientales complejas.

El sexto capítulo del volumen está a cargo de Neil Brenner y Nick Theodore. El propósito fijado por los autores es estudiar el rol que el neoliberalismo ha tenido en los procesos de reestructuración urbana. En esa dirección, los académicos norteamericanos rompen con un mito que, a fuerza de la repetición, se ha instalado en el sentido común: aquel que entiende a la ideología neoliberal como un conjunto de recetas genéricas o, dicho en otros términos, una especie de ley inmutable que opera con independencia del contexto. Tomando distancia de esta postura esencialista, los autores prefieren hablar del “neoliberalismo realmente existente” (p. 226), buscando incorporar las condiciones locales que permitieron derruir los pilares sobre los cuales se habían sostenido los “años dorados” del capitalismo. Precisamente con ese objetivo, Brenner y Theodore se sirven del schumpeteriano concepto de “destrucción creativa” para analizar, a diferentes escalas, los cambios institucionales y espaciales que trajo consigo la implementación de políticas de neto cuño liberal. La conclusión a la que arriban en este ámbito podría pensarse como un tributo a Karl Polanyi⁹: no se trata de oponer Estado y mercado, dicen

8 Wallerstein, Immanuel: *El capitalismo histórico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, p. 11.

9 Polanyi, Karl: *La gran transformación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

Brenner y Theodore, sino imaginar a las relaciones económicas, cualquiera sea su naturaleza, como el resultado de una construcción política.

En la segunda parte del capítulo, Brenner y Theodore aplican estas ideas generales al estudio de lo urbano. Desde un enfoque manifiestamente crítico, interpretan el proceso de neoliberalización en términos de un movimiento telúrico que destruyó aquellos acuerdos institucionales nacidos en la segunda postguerra, dando paso a un desenfrenado crecimiento económico cuyo principal combustible fue la construcción. Y este proceso, como no podía ser de otra forma, tuvo a las ciudades como lugares decisivos. Después de todo, en su búsqueda de paliar los efectos del desmantelamiento del Estado de bienestar y de sistemas redistributivos que ya no existían, los gobiernos locales redoblaron su apuesta por atraer inversiones en el marco de creciente competencia entre las ciudades. En tanto espacios claves en las estrategias de destrucción y de creación, las urbes se “han convertido en blancos geográficos (...) y también en laboratorios institucionales para diversos experimentos de políticas neoliberales” (p. 232), lo cual trajo aparejada la necesidad de movilizar a los ciudadanos en pos de la consecución de una economía de mercado, garantizar el consumo de ciertas élites y asegurar un férreo control de los sectores excluidos.

En el último segmento del capítulo, Brenner y Theodore ensayan un muy interesante periodización en torno al proceso de neoliberalización. Tomando como insumo los trabajos de James Peck y Adam Tickell¹⁰, y concentrando su atención en el caso estadounidense, los autores distinguen tres jalones que permitieron, en solo treinta años, imponer la dura ley del mercado. En una fase inicial, cuyos límites se confunden con la década de 1970, las ciudades, afectadas por la crisis del petróleo, fueron la arena donde se disputó una duradera lucha política, especialmente en todo aquello ligado a la reproducción de las familias trabajadoras. En esos años, dicen los sociólogos norteamericanos, tomaron relieve movimientos sociales que pivotaron alrededor del acceso a consumos colectivos, desde servicios básicos hasta infraestructura; esto es, un conjunto de derechos cuyo usufructo permitiría paliar los efectos de un empobrecimiento generalizado. Cuando la temperatura de la protesta disminuyó, sobrevino una segunda etapa en la que se estableció un

10 Peck, Jamie y Tickell, Adam: “Searching for a New Institutional Fix: The After-Fordist Crisis and Global-Local Disorder”, en Amin, Ash (ed.): *PostFordism: A Reader*, Oxford, Blackwell, 1994, pp. 280-315.

“gobierno racionalizado”. Con el propósito de disminuir costos administrativos y alentar la llegada de capitales, los ayuntamientos promovieron la reducción de impuestos, la cesión de suelo a actores privados, el recorte de servicios públicos y la privatización de sectores importantes de la economía. A lo largo de la década de 1990, con las cuentas ordenadas, el neoliberalismo no hizo más que consolidarse, permitiendo que la mercantilización del suelo urbano y la aceptación de la disciplina de mercado se convirtieran en metas a conseguir por los gobiernos locales. Esta búsqueda de la competitividad, que va a impregnar los criterios administrativos, sociales y ecológicos, permitió el diseño de políticas que tendieron a la colaboración entre empresarios, al armado de *clusters* industriales, los programas orientados a combatir la exclusión social y la promoción del *marketing* territorial. Esta serie de transformaciones, que no dejan de ser una forma contemporánea de “destrucción creativa”, ha vuelto a las ciudades escenarios privilegiados de la reproducción del neoliberalismo, pero, al mismo tiempo, lugares de resistencia en el que se plantean alternativas progresistas.

El último capítulo de la compilación está consagrado al análisis de las relaciones entre el urbanismo neoliberal y la globalización. Su autor, Neil Smith, una voz más que autorizada en lo que a estudios urbanos se refiere, hilvana pacientemente una argumentación en la que sobresalen dos potentes hipótesis. La primera de ellas podría resumirse en una frase: el urbanismo neoliberal, lejos de responder a las necesidades de la reproducción social, es resultado de los impulsos de la producción capitalista. Con la mirada fija en la década de 1990, ese periodo en el que Brenner y Theodore distinguen una maduración del ideario neoliberal, el autor visualiza una batería de políticas públicas en las que queda en evidencia cómo el Estado se convirtió en un vector al servicio del mercado. Entre ellas, y sin ánimos de agotar la discusión, el académico norteamericano señala la importancia que comenzaron a tener los subsidios al sector privado, las medidas de control social sobre las “clases peligrosas” (plasmadas en el célebre lema “tolerancia cero”¹¹), la desterritorialización de la producción, el recorte de los programas sociales diagramados por el Estado federal, así como la creciente centralidad de los gobiernos locales en el modelado de las ciudades. El resultado más palpable de estas medidas, que hicieron que “la escala metropolitana domine el ni-

11 Wacquant, Loïc: *Las cárceles de la miseria*, Buenos Aires, Manantial, 2004, p. 32.

vel regional” (p. 254), fue un proceso de centralización del capital en los remozados corazones de las ciudades, condenando a las clases trabajadoras a realizar extensos traslados que, en algunos casos, llegan a las cuatro horas diarias.

Esta explosión de la oferta inmobiliaria, realizada a expensas de la capacidad de la ciudad de asegurar la reproducción social de la población, permite a Smith plantear su segunda hipótesis: la gentrificación es la estrategia por excelencia a partir de la cual se materializó en urbanismo neoliberal o, usando los términos del propio geógrafo, uno de corte “revanchista”. A una distancia prudencial de la pionera definición de Ruth Glass¹², que posaba su mirada en los consumos de las nuevas clases medias, Smith pone el peso de la explicación en los agentes gubernamentales, corporativos o en una mixtura de ambos. De la mano de estos actores, dice Smith, “un proceso aparentemente casual y no planificado surgido en el mercado inmobiliario de postguerra es ahora ambiciosa y escrupulosamente planeado” (p. 260). Y no solo eso: una difusión tanto vertical como horizontal ha hecho de la gentrificación un fenómeno global. No es extraño, dice Smith, que se registren procesos de “renovación” en muchas ciudades intermedias de los países del Norte, pero también en numerosas urbes del otrora tercer mundo, desde Seúl hasta San Pablo. Con una idea clara de la envergadura que ha tomado la gentrificación en las tres últimas décadas, el académico de la Universidad de Nueva York toma nota de un aspecto no siempre presente en los discursos edulcorados sobre la “revitalización” de las áreas degradadas de las ciudades: este fenómeno, además de crear un ambiente *cool* para los sectores más encumbrados de la sociedad, supone una expulsión de los residentes obreros de los barrios céntricos (e inclusive de distritos que no están precisamente de la *inner city* de la que hablaban los sociólogos de Chicago). Precisamente por su carácter excluyente, el prestigioso geógrafo estadounidense pasa revista a numerosos movimientos de resistencia sobre los cuales recayó el peso de la represión, mostrando a las claras “la centralidad cada vez mayor de los desarrollos inmobiliarios en la nueva economía urbana” (p. 263).

A esta altura de la reseña, pocas dudas caben de la importancia que *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas* tiene en los estudios sociales contemporáneos. Primero, porque pone a disposición del público hispanoparlante una serie de textos clásicos que,

12 Glass, Ruth: *London: Aspects of Change*, Londres, MacGibbon & Kee, 1964.

hasta aquí, habían sido una *rara avis*. Segundo, porque constituye una plataforma más que adecuada para llevar adelante estudios comparativos entre la realidad euro-norteamericana y lo sucedido en Latinoamérica, siguiendo el expediente abierto recientemente por Michael Janoschka, Jorge Sequera y Luis Salinas¹³. Tercero, porque invita a la historia a realizar lo que Cecilia Pascual dio en llamar un “giro espacial”¹⁴ o, lo que es igual, a estudiar diacrónicamente los procesos materiales y simbólicos que convergieron en la emergencia de fenómenos de segregación urbana. Cuarto, porque compone un alegato en pos de la repolitización de los estudios sobre las ciudades, ayudando a “desnaturalizar los discursos asépticos del capitalismo, que violentan los cuerpos y refuerzan la exclusión como paradigma generador de plusvalía”¹⁵. Por último, porque funciona como una necesaria (y urgente) apuesta: si el urbanismo neoliberal, como queda demostrado en los siete capítulos que componen la obra, no es más que una conquista de la ciudad por parte de los poderosos, las investigaciones a futuro deberán funcionar como palancas para una (re) conquista que permita a las mayorías efectivizar su “derecho a la ciudad”.

13 Janoschka, Michael, Sequera, Jorge y Salinas, Luis: “Gentrification in Spain and Latin America – A critical Dialogue”, en *International Journal of Urban and Regional Research*, Vol. 38, No. 4, 2013, pp. 1234-1265.

14 Pascual, Cecilia: “El giro espacial en historia. Derivas conceptuales y racconto historiográfico en Argentina. Imaginar los espacios de segregación localizados”, en *Revista de Direito da Cidade*, Vol. 6, No. 2, 427-452.

15 Janoschka, Michael y Sequera, Jorge: “Procesos de Gentrificación y desplazamiento en América Latina – Una perspectiva comparativista”, en Michelini, Juan (ed.): *Desafíos metropolitanos. Un dialogo entre Europa y América Latina*, Madrid, Libros de la Catarata, 2014, p. 18.